



SOBRE EL DICCIONARIO BIOGRÁFICO ESPAÑOL DE LA RAH.

La Asociación de Historia Contemporánea fue constituida en 1988 y cuenta en la actualidad con más de 700 miembros; en los últimos veinte años ha editado 82 números de la revista trimestral "Ayer" y ha reunido diez congresos con periodicidad bienal. La AHC es una buena representación de la profesión de los historiadores contemporaneístas, como docentes e investigadores, de su evolución en las últimas décadas y de su situación actual. Los canales de producción y difusión de la historiografía española dependen hoy, en buena parte, de la libre y voluntaria asociación de los practicantes de la profesión.

La publicación de las primeras decenas de volúmenes del Diccionario Biográfico Español elaborado desde la Real Academia de la Historia ha sido motivo de numerosas reacciones que van de la crítica a la indignación y la condena, incluyendo la exigencia de rectificación planteada por el Gobierno de España a su Director. No han faltado miembros de la AHC entre quienes han promovido el debate público desde los medios de comunicación, los departamentos universitarios, la recogida de firmas de protesta etc. También son numerosos los asociados que han contribuido a redactar muchas de las 40.000 biografías encargadas por la empresa dirigida desde la Real Academia de la Historia.

La Junta Directiva de la AHC tiene el propósito de elaborar un análisis crítico del DBE, encargando a especialistas la valoración de diversos ámbitos temáticos y cronológicos, así como el de estudiar, desde los métodos y exigencias de la historiografía actual, a la propia institución de la Academia, desde sus orígenes hasta su función y formas de reproducción hasta hoy. Pero también, y a pesar de la complejidad que supone expresar una posición común en nombre de la Asociación, consideramos necesario manifestar una opinión sobre las características y significación del Diccionario de la RAH, tanto desde la perspectiva de nuestra profesión de historiadores, como sobre el impacto que la actuación de la Academia puede tener en el debate público sobre la asunción del pasado reciente por la sociedad y la ciudadanía en su conjunto.

Las Academias, Reales o Nacionales, fueron perdiendo o transformando la función que tuvieron inicialmente desde el siglo XVIII conforme las profesiones, así humanísticas como científicas o técnicas, se fueron constituyendo en universidades y centros de investigación

Asociación de Historia Contemporánea

estatales. La Real Academia de la Historia, desde principios del siglo XX, se ha ido convirtiendo en una lejana alegoría escasamente representativa de la profesión de historiador, conservando y reproduciendo vetustas liturgias, comprensibles cuando son inocuas, pero menos tolerables cuando acaban repercutiendo negativamente en la lenta y dificultosa reconstrucción de un consenso historiográfico y público. Por otra parte, sería injusto olvidar que entre los académicos hay algunos destacados historiadores, varones y mujeres; también es muy probable que la mayor parte de las biografías sean solventes, reflejo de los avances de la disciplina y producto de investigaciones recientes.

Las numerosas y diversas reacciones al Diccionario de la Academia son explicables por estas razones, que tienen mucho que ver con las categorías historiográficas que parecen presentes en la concepción del mismo, en una dimensión pendiente de evaluar hasta conocer mejor el conjunto de sus contenidos. Un historiador ya fallecido, Federico Suárez Verdeguer, cabeza de la historiografía más conservadora durante el franquismo, mantenía la firme convicción de que "un católico practicante dispone, para comprender la profunda evolución que constituye el Cister, de unos medios que le están vedados a un ateo o a un agnóstico", como dejó escrito en 1976 (*Once ensayos sobre la historia*, pg. 27). Este presupuesto conduce lógicamente a que la biografía de Francisco Franco la escriba un franquista, o la de José María Escrivá un miembro de su Opus Dei, en ambos casos el académico Luis Suárez, quien, siendo juez y parte, se piensa que estará en mejores condiciones que otros para comprender la significación histórica de sus biografiados.

El problema va más allá de este extravagante caso, por cuanto parece que este viejo paradigma historicista, resucitado ahora con toda naturalidad, se aplica más sistemáticamente, pues la biografía de Durruti se le encarga al libertario Abel Paz, la del golpista Alfonso Armada a su yerno, la del Presidente Tarradellas a su secretario J. M. Bricall etc. El oficio de historiador se ha construido a lo largo del último siglo, precisamente, contra el viejo historicismo, que ahora resucita desde la cúpula honorable de la profesión, un presupuesto metodológico obsoleto que ha de suponer un lastre para el DBE, tanto más pesado cuanto más se aplique como criterio para atribuir la autoría de los textos.

El reconocimiento del trabajo riguroso que ha fluido hacia los listados del Diccionario de la RAH exige proponer su revisión, al menos de la parte relativa a los siglos XX y XXI que conocemos hasta ahora, porque no refleja el estado actual de nuestra disciplina. Nuestra Asociación, como otras similares, carece de financiación oficial, pero practica ese hábito, generalizado entre disciplinas científicas, de encargar a evaluadores externos el control de calidad y la revisión de los textos. Consideramos que esta podría ser la vía para corregir un

Asociación de Historia Contemporánea

diccionario que, especialmente en su versión digital, debe atenerse en su conjunto a los procedimientos regularmente aplicados en nuestra disciplina.

La revisión es necesaria también porque, en lo que se refiere a la historia más contemporánea y reciente, el DBE es perjudicial para el mantenimiento y continuidad de los avances historiográficos y de los consensos ciudadanos alcanzados desde el final de la dictadura franquista. Existe una historiografía revisionista, relativista, negacionista (incluso del Holocausto) en los países de nuestro entorno. Pero en ninguno ha sido planteada o alimentada desde la cúspide simbólica de la profesión, circunstancia que debería ser aprovechada para estimular y reevaluar el debate profesional y público entre historiadores sobre el pasado de la guerra civil y del franquismo.

30 de junio de 2011

Carlos Forcadell Álvarez
Presidente de la Asociación de Historia Contemporánea